

Poemas varios
1811. X

DIARREA DE LAS IMPRENTAS.

7

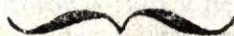
MEMORIA

SOBRE LA EPIDEMIA DE ESTE NOMBRE,

QUE REINA ACTUALMENTE EN CADIZ:

Se describe su origen, sus síntomas, su índole perniciosa, su terminacion, y su curacion.

ESCRIBIALA EN OBSEQUIO DE LA PATRIA AFLIGIDA
EL DOCTOR PEDRO RECIO DE TIRTE AFUERA.



CÁDIZ:

EN LA OFICINA DE LA VIUDA DE COMES,

AÑO DE 1811.

1844. X

LIBRERIA

DE LAS IMPRENTAS

MEMORIA

SOBRE LA EPIDEMIA DE ESTE AÑO

QUE HA SIDO OBSERVADA EN LA

2. Descripción de origen, sus síntomas, en qué personas, en
estación, y en ciudad.

ESCRIBIDA EN ORDEÑO DE LA PATRIA ANCIANA

EL DOCTOR PEDRO RICO DE TRITE ABUELA



CADIZ

EN LA OFICINA DE LA VIUDA DE COMES

AÑO DE 1844

INTRODUCCION.

¡Quién diría que el orbe literario había de sufrir una epidemia tan cruel, y devastadora como la que se experimenta en Cádiz desde el famoso decreto de la libertad de imprenta! Vaya, si no lo viéramos, era imposible creerlo, que el cuerpo humano sufra tabardillos, disentería, diarrea, gonorrea, calenturas pútridas, fiebre amarilla, escorbuto, &c. nada tiene de extraño; su construccion delicada lo expone frecuentemente á las malignas impresiones de un ayre viciado, de unos alimentos corrompidos, y de otras mil causas que producen á cada paso las enfermedades que padecemos: ¡pero diarréa en las Imprentas, y diarréa tan maligna, y pestilencial, acompañada de frenesí, que va viciando la atmosfera política de la Nacion! ¡estoy lleno de admiracion! Ni Hipócrates, ni Galeno, ni todos los Medicos, que existieron desde Adán acá han conocido semejante enfermedad. Diarréa en las Imprentas; ¿será un sueño, ó un delirio de mi fantasía acalorada? Es opinion general de los Profesores de Medicina, que quando en algun Pais reyna una enfermedad aguda de mucha consideracion, se retiran las demas enfermedades, y todos ó casi todos padecen el mismo mal: los Españoles sufrimos actualmente el dolor agudo y penetrante de ver invadido nuestro Reyno, desoladas nuestras mejores Provincias, rendidas casi todas nuestras Plazas fuertes, y cautivo nuestro amado Rey: este mal terrible, esta enfermedad cruel parece que había de suspender todas las demas: juzgábamos que nuestras Imprentas se ocuparian únicamente en pintar al vivo nuestros males, y en proponer remedios para sanarlos; pero ¡qué aventuras, y expuestos al error son los juicios de los hombres! Las Imprentas de Cádiz padecen una diarréa con-

tagiosa que causa los estragos mas horrorosos, como se verá en el discurso de esta Memoria. Que lo digan Requena, Niel, la Viuda de Comes, Murguia, y la casa de la Junta de Gobierno: estas son las primeras salas del Hospital, los enfermos no caben en ellas: en los mostradores de Font, de Navarro, de Picardo, de la casa del Sol en calle ancha, y de Monge están las segundas salas: ¡qué confusion, qué trastorno! En las concurrencias públicas papeles arriba, papeles abaxo: el Redactor, el Conciso, el Semanario, el Zelador del buen orden, el Duende, el Infierno entero; en los Almacenes de comercio papeles, y mas papeles: en la Plazuela del Correo papeles: en la Alameda papeles: en las esquinas papeles y mas papeles: el alito de los unos se mezcla con el de los otros, y todos contrahen la misma enfermedad: si alguno lee con atencion un papel, el otro que pasa, estira media vara de pescuezo, se instruye del título; si es rico, parte al instante á comprarlo; y si es pobre, maldice la escasa fortuna que no le permite saborearse en aquel delicioso manjar. El número de enfermos se aumenta cada dia, como se comprueba del estado de ellos, que todas las mañanas amanece puesto encima del agujero del Correo, en frente de la Junta de gobierno, y en otros parajes públicos. Como el mal crece por instantes, no se sabe hablar de otra cosa: Victor lleva diez y ocho meses de bloquear á Cádiz, Tarragona se ha perdido, los recursos pecuniarios se acaban, la insurreccion continúa en las Américas; ¿y qué importará todo esto? maldita la cosa: lo que vale mas que todo es saber quales son los derechos imprescriptibles del hombre, y que la libertad de hablar, y de escribir no debe sujetarse á reglas, por mas que en ello se interese el bien general de las Naciones cultas: formese la opinion pública, sepa el Ciudadano por quien pelea, concluida esta operacion, que quando mas tardará 8.

años, arrojaremos infaliblemente al enemigo: sigue la diarrea de las Imprentas, los enfermos se alimentan de manjares nocivos, el apetito se estraga, se aborrecen los mantenimientos saludables, y el cuerpo político está á pique de perecer.

He aquí un bosquejo de la cruel epidemia que padecemos: la diarrea literaria nos consume, nos aniquila, y nos conduce rapidamente á la sepultura: esta terrible consideracion me ha movido á trabajar la Memoria que presento á mis lectores: me propongo explicar en ella las causas que han producido la espantosa enfermedad, sus síntomas característicos, su índole perniciosa, su terminacion y su método curativo. Ojalá que yo acierte á desempeñar con exâctitud lo que me propongo, y que pueda concurrir al alivio de mi amada Patria.

Antes de entrar en el exâmen de las causas que han producido la diarrea literaria, debo advertir que el clima intelectual de Cádiz ha sido siempre muy sano, muy agradable y muy análogo á la constitucion española: sus vecinos se componen de comerciantes y artesanos: los primeros, instruidos profundamente en la ciencia del comercio, han sido siempre tenidos por buenos patriotas, amantes de su Religion, de su Rey, y de su gobierno monárquico: los segundos, llenos de honradez, aspiran únicamente á mantener sus familias, y aborrecen de corazon las novedades escandalosas: de aquí es que en Cádiz se mantenian las Imprentas en un buen estado de salud, sin producir mas papeles que la Gaceta del Comercio, y el Diario Mercantil, escritos juiciosos, ramplones, y cortados, como suele decirse á la española antigüa. Por consiguiente debemos decir que la diarrea literaria ha sido un mal advenedizo conducido á esta Plaza por algunos forasteros de humores muy corrompidos, que logra-

ron entrar en ella sin sufrir el debido exámen.

Hecha esta oportuna advertencia, se ofrece desde luego, como causa primitiva de la diarrea literaria, el célebre decreto de la libertad de Imprenta, dado por las Cortes en el mes de Noviembre de 1810. ¿Es posible, dirán algunos, que una ley justa, dictada, y sancionada con la laudable intencion de salvar la Patria haya producido la inmundicia y asquerosa enfermedad de la diarrea? Así es ni mas ni menos, sin que por eso la ley dexé de ser justa, y conforme á los sanos principios. Como tal la reconozco, sin necesidad de recurrir á los escandalosos desatinos del Robespierre Español, que la llamó santa, sacrosanta, divina, celestial y omnipotente, ignorando que dixo David: *Pone Domine custodiam ori meo, et ostium circumstantiae labiis meis, ut non declinet cor meum in verba malitiae*. Pero vaya un exemplo: el jamon es un alimento sano, excelente, y muy agradable al paladar, y si se le da á un hombre de estómago débil, le causa una indigestion terrible, que puede llevarlo á la sepultura: el aire Norte purifica la atmósfera, destruye los miasmas pestilentes, y da mucho tono á los hombres robustos, pero este mismo aire mata á los hombres que tienen el pulmon dañado. Del mismo modo la libertad de Imprenta decretada en un tiempo de revolucion y de trastorno ha debido producir, y ha producido mayor número de efectos malos que de buenos. Si las Imprentas nos dieran siempre escritos juiciosos y sabios para adoptar un excelente manejo en la administracion de la Hacienda, para buscar y encontrar recursos pecuniarios en los grandes apuros que nos rodean, para avivar y sostener el entusiasmo de la Nacion, para establecer una severísima disciplina en los ejércitos, para reunir nuestras fuerzas, y burlar las mas poderosas tentativas del

enemigo en las inexpugnables posiciones que tiene la Península, todos colmariamos de elogios á las Imprentas, á los impresores y á los escritores; ¿pero me quieren ustedes decir los enemigos que se matan con *la carta del Maestro de escuela de Polopos. con los tres números del Duende, con el sapientísimo Semanario Patriótico, con los Diálogos satíricos, y con otros papeles de esta estofa?* Mátese Vmd. para probar que la facultad de hablar y de escribir no se le debe limitar al hombre, y este mismo hombre no puede ir de Cádiz á Puerto Real, porque el enemigo se lo estorva con una porcion de cañones, que lo harian cenizas si se acercára: mátese Vmd. para restablecer la libertad civil, y el enemigo nos tiene bloqueados diez y ocho meses ha. Cárguense los cañones con derechos imprescriptibles, y veamos si el enemigo se aleja. ¿Y es posible que las Imprentas en vez de producir escritos oportunos, y acomodados á las amargas circunstancias en que nos hallamos, han de tener una diarrea inmunda, y asquerosa, que nos hace el ludibrio de las naciones, y el escándalo de las Provincias Españolas que ocupa el enemigo?

La hambre es otra causa que ha contribuido poderosamente á la diarea literaria que padecemos: quando el estómago está débil, y falto de alimento, sobreviene regularmente una deposicion excrementicia muy desordenada. Privado el hombre de los recursos con que anteriormente se mantenía, ha encontrado un arbitrio sencillo, y abundante para ganar mucho dinero: pudieran, y debieran algunos jóvenes robustos haberse aplicado al noble exercicio de las armas, desempeñando la mas sagrada obligacion de defender la Patria; pero ¡qué cargo tan duro, y penoso! marchas continuas, mala comida, mala cama, y que una bala me haga volar la tapa de los sesos: ¿quánto mejor es meterme á

escritor? se trabaja con sosiego, se gana mucho dinero, y es una gloria verse en letra de molde: con decir que nuestros antiguos han sido barbaros, que los frayles son unos holgazanes, y que la Inquisicion no debe volver á existir en España, se hace un tomo en folio, se grangea fama entre los tunantes, y cada tres ó quatro dias se recogen doscientos reales: seducidos con tan alhagüena perspectiva, han tomado la pluma muchos que deberian tomar el fusil, ó la azada, y en lugar de unas producciones útiles, juiciosas y cristianas, hacen unas deposiciones pestilentes y contagiosas, que apestan desde una legua. Regularmente escriben sobre lo que no entienden, atropellan los principios, y si alguno los impugna, responden con otras necedades mayores, pues que solo aspiran á llenar el papel, y la bolsa. Nada hay tan ingenioso, y sutil como la hambre: habia en Cádiz Gaceta de Regencia, y de comercio, habia Diario mercantil; con estos tres papeles bastaba para tener una instruccion regular de nuestro estado politico y militar; pero al Conciso se le antojó salir á la palestra, y á fuerza de discurrir inventaron sus autores un papelito, que por la novedad del título, y por la comodidad del precio atraxera muchos gólosos. Despues del Conciso, ¡qué diluvio de papeles, Dios mio! ¡qué diarrea! la Tertulia patriótica, el Semanario, el Patriota en las Cortes, el Observador, la Triple Alianza; el Anteojo de larga vista, el Microscopio, la Tertulia resucitada, el Duende, el Redactor, el Atisvador, el Dispertador, el Zelador Patriótico, el Reformador, el Robespierre, el Cachidiablo, el Cosmopolita, el Catecismo de doctrina civil, el Catecismo político, el Duende hembra, el Zelador del buen orden, el Periódico contra el despotismo militar, el Mentor, el buen Español; ¡pero á dónde voy á dar! Me acuerdo ahora de un loco que habia en Sevilla, llamado Juan Cerezo, y á todo el que encontraba le

decia: *¿Que te mato de un papelazo!* ¿Si habrán creído los Escritores que á fuerza de papeles hemos de arrojar á los franceses de España?

La tercera causa de la diarrea literaria debe buscarse en los humores viciosos, y malignos que adquirieron algunos Españoles, luego que empezó la revolucion en Francia: aquellos libritos endiablados que vinieron de los Pirineos, lograron corromper á muchos: desde entonces viene el odio contra la Inquisicion, que los perseguia de muerte: en aquella época empezó á despreciarse la dignidad Real, se miró la Religion como un estorvo para establecer el libertinage, y la anarquia, y se trató de insultarla unas veces á las turbias, y otras á las claras: estancados estos humores, y contenidos largo tiempo, han producido una diarrea inmundada y asquerosa, quando ha habido libertad para imprimir.

Pasemos á los síntomas de la enfermedad: estos son un fuerte aturdimiento de cabeza, un olvido general de los sanos principios en que nos educaron nuestros Padres, á saber el respeto á la Religion y á sus Ministros, la obediencia al gobierno, y el aprecio á nuestros antepasados; un gran deseo de que la España sea gobernada segun nuestro capricho, y un amor propio que nos ciega hasta el extremo, de creer que nadie sabe tanto como nosotros, y que las leyes meditadas con la experiencia de quatro ó cinco siglos no pueden compararse con las que nosotros hacemos en el espacio de media hora en una esquina de calle ancha, ó en un café rodeados de botellas; pero el síntoma mas fuerte de la diarrea literaria es el absoluto desprecio con que miramos el peligro que nos rodea, y el empeño con que nos dedicamos á objetos enteramente inconducenates para el gran negocio de salvar la Patria, que está á pique de perecer.

La índole de la enfermedad que describo, no es igual en todos los Escritores; en unos es periodica, y en otros aguda: en los enfermos de la primera especie ha sido vario el periodo, ó acceso de la diarrea; al Conciso le entraba la enfermedad en los dias pares; sus deposiciones fueron algo pestilentes en un principio; pero por un arcano incomprehensible se ha notado en él mucha mejoría desde que tiene diarrea diaria: promete ya muchas esperanzas, y el juicio, la moderacion y compostura, que manifiesta indican que sanará perfectamente. El Semanario hace una deposicion cada ocho dias, pero tan desmedida y copiosa, y de naturaleza tan acre, que hay ya motivos para desesperar enteramente de su salud; á este enfermo se le nota, qué á pesar del mal juicio que hacen de él los Medicos, conserva todavia un orgullo, y una entereza que lo hacen ridiculo; padece con frecuencia delirio, y en la fuerza de él predica unos sermones terribles á los Diputados en Cortes. El Diario de Cádiz que gozaba antes una salud robusta, ha enfermado hace ya algunos dias, y sus deposiciones en el articulo variedades dan mucho que temer á los facultativos. Han muerto muchos enfermos de la diarrea periodica: el Patriota en las Cortes, la Tertulia patriótica, la triple Alianza, el Cosmopolita, y otros varios: no se sabe á punto fijo donde han sido sepultados sus cadaveres, pero se cree con fundamento que estarán en alguna Y griega. El Duende, y el Robespierre español tuvieron un frenesí tan infernal, que el primero se arrojó al mar, y al segundo fué necesario atarlo. Las diarreas agudas terminan regularmente con la muerte, como le sucedió al Conciso, que no pudo sobrevivir á la deposicion pestilente que hizo, y otros muchos han tenido la misma suerte: ha muerto tambien la Gaceta del Comercio, aunque su diarrea era periodica, y

nada maligna; se cree generalmente que ha sido por falta de alimento.

Aunque no en todos, pero en muchos Escritores del dia se notan los caracteres siguientes: un odio grande á la Inquisicion, y al estado religioso, un vivo deseo de que los Clerigos y las Iglesias sean muy pobres, una grande adhesion al Gobierno Republicano, mucho olvido de Fernando Septimo, y mucho afecto á los rabanos tomados por las hojas: es decir, hay abusos en la grandeza; quítense la Grandeza, hay abusos en los Frayles, quítense los Frayles, hay algunos Obispos malos, quítense los Obispos; en una palabra hagamos mucho mas de aquello que harian los franceses, si llegaran á dominarnos. Este es un efecto necesario del frenesí que produce la diarrea literaria; los tiene fuera de juicio, y no les permite mirar las cosas en su verdadero aspecto. Si algun Medico se empeña en hacerles conocer sus yerros, se enfurecen contra él, y si les fuera posible, lo quitarian del mundo: salió un agudísimo Diccionario manual, que pinta con los colores mas vivos á estos Filósofos peligrosos, y llenos de cólera, no han hecho mas que ladrar, sin poder morderle; salió la Apología de la Inquisicion, defendiendo con razones incontrastables y moderadas tan santo establecimiento, y se contentan con llamarla papelote: lease sobre este particular el Diario mercantil de Cádiz del miercoles 31 de Julio, donde se verán los efectos de una cólera impotente y necia. Salió el *Bueno va esto* describiendo la manifiesta oposicion de las doctrinas del dia con las doctrinas de nuestros mayores, ó por mejor decir de nuestra Religion, y el autor de los Dialogos satíricos dixo: que este era un papelucho insulso, y sin gracia, como si el *Bueno va esto* se hubiera escrito para excitar la risa en alguna casa de Comedias. Los Sec-

tarios de las ideas liberales, quando se ven acometidos por escritores juiciosos que penetran sus planes, se acogen al miserable efugio de decir: Vmds. nada prueban contra nosotros, y se contentan con hacernos sospechosos de heregía: usurpando el nombre de la Religion para concitarnos el odio del pueblo. Nada era tan fácil como probar, que muchos escritos de los comprendidos en la diarrea literaria estan atestados de heregías; pero los Autores del Diccionario Manual, y de la Apologia de la Inquisicion no quieren abandonar la moderacion, que caracteriza á los verdaderos amantes de la Patria. El Pueblo Español detesta esa maldita ilustracion con que le brindan los Filósofos, y á trueque de conservar su Religion, sus leyes sábias, y su adorado Fernando VII. seguirá gustoso en la estupidez, y barbarie, que á los ojos de Dios es una verdadera ciencia. Ya hemos abierto los ojos, y conocemos á muchos infames Jacobinos, que se han propuesto arruinar los altares de Jesucristo, y el trono de Fernando VII. No queremos el despotismo, como nos imputais falsamente, no queremos los errores, ni la opresion, pero vosotros, Filósofos indecentes, no sois nuestros maestros; lo que vosotros llamais error, no es error; vuestro sistema tira al jacobinismo, al republicanismo, ó por mejor decir, á la anarquia, y á la disolucion total del Estado.

La terminacion de la diarrea literaria es siempre funesta, y se prueba facilmente, considerando los estragos que hace en el cuerpo político del Estado: comparémos nuestra situacion actual, con la que tuvimos en los primeros meses de nuestra gloriosa insurreccion: á la voz de nuestra santa Religion ultrajada, y de Fernando VII. cautivo, vimos alistarse millares de soldados, que corrieron gustosos á la pelea, y se cubrieron de laureles en los campos de

Baylen; el entusiasmo nacional podía compararse á una encina robusta, y corpulenta que se burla de los vientos mas impetuosos: ¿Quién ha^o extinguido ya el entusiasmo de los Españoles? esos miserables Escritores, que se avergüenzan de tomar en boca á la Religion, y á Fernando VII. y que ocupados en sus ridiculas ideas liberales, y en sus derechos imprescriptibles, han entontecido al Pueblo, que oye maquinalmente esas voces sin entenderlas: ¡Insensatos! no conoceis á los Españoles: habladles á nombre de la Religion, y de su Monarca, y los vereis despertar como leones, y tragarse á sus enemigos. Otro de los grandes perjuicios que nos han hecho los Escritores ha sido introducir entre nosotros la desunion, y la desconfianza: ¿qué esperamos sin union, mas que la esclavitud y la muerte? en medio de este caos, y de este laberinto en que nos han metido, ya se ha extraviado la opinion pública, y se han ausentado de nosotros las virtudes que tanto necesitamos para contrarestar al invasor: Hemos llegado á desconfiar de todo, hablamos mal de nuestros mejores Generales, murmuramos del mismo gobierno, que hemos anhelado por tanto tiempo, y no acertamos á explicar nuestro deseo.

¿Pero no habrá remedio á tanto mal? Si yo propusiera que se coartase la libertad de la Imprenta, ¡quántos dieterios lloverian sobre mí! Saldría otro Robespierre Español, pidiendo que me ahorcaran al instante: siga pues la libertad de la Imprenta, y quiera Dios que unos á otros no nos matemos á puñaladas en mitad de esas calles: veamos entretanto si hay algun arbitrio para contener esa pestilente diarrea literaria. Voy á proponer un remedio muy sencillo y seguro, que es el siguiente. Puesto que la diarrea es un mal contagioso, que se pega de los Escritores á los lectores, convengamos todos en no

comprar, ni leer papel alguno, que no tenga los requisitos siguientes.

Respeto á la Religion Católica Apostólica Romana, y á todos sus Ministros.

Obediencia al Gobierno legítimo que nos han dado, ó en adelante nos dieren las Córtes.

Un amor constante á Fernando VII, y al gobierno monárquico templado, ó constitucional.

Respeto afectuoso al Santo Tribunal de la Inquisicion, reformado de algunos abusos.

Odio al Republicanismo, y al Jacobinismo.

Odio á Napoleon, y á todas las máximas de la nueva Francia.

Prudente adhesion á las reformas hechas con tino y madurez por la Autoridad competente.

Respeto y cariño á nuestros mayores, y á nuestras sabias leyes.

Resolucion firme de morir con las armas en la mano antes que sujetarse á Napoleon.

Afecto y agradecimiento á nuestros fieles aliados los Ingleses.

Los escritos que pretendan destruir alguno de estos principios, púdranse de polvo, y sus autores márchense al instante con los Franceses, pues mas parecen amigos, y agentes suyos que paisanos nuestros.

Nota. Despues que se remitió á la Inprenta esta Memoria, se ha notado que las mugeres han empezado á contagiarse de la diarrea, y en el dos de Agosto enfermaron á la par muchas damas españolas, dando á luz una representacion á Jorge III. Rey de la Gran Bretaña: los síntomas de esta deposicion son bastante ambigüos, y el tiempo dirá si ha sido pestilente, ó saludable.

No así sucede á otro enfermo, que se ha presentado con el titulo de *Reflexiones que manifiestan si es*

útil ó perjudicial el Tribunal del Santo Oficio. Nada es comparable al delirio frenético de este Filósofo: despues de citar iñtempestivamente una multitud de textos de la Escritura, y autoridades de Santos Padres para probar que la Religion aborrece la violencia, canta el triunfo contra la Inquisicion. Sepa este Escritor que el Santo Oficio á nadie apremia para que reciba la fe de Jesucristo, y solamente persigue y castiga á los que una vez alistados en las banderas de la Religion, tienen la osadía de abandonarlas. Si prueba que esto segundo es contrario al espíritu del Evangelio, entonces habrá hecho alguna cosa; ¿pero cómo ha de probarlo? ¿Ni quién ha de leer sin cólera un escrito, que dice en la pág. 14. *los Pontífices, y los déspotas formaron una liga criminal para remachar los grillos de las Naciones?* Y al fin de la pág. 20. *las revoluciones empiezan ahora, su marcha debe acelerarse en razon de la ceguedad de los gobiernos déspotas, &c....* ¡Ah España, España, amada patria mía! la nueva Filosofia te prepara horrores tan terribles como los que sufrió la Francia en tiempo de la Convencion y del Directorio. ¡O Dios eterno! defended vuestra santa Religion, defended el trono de Fernando VII.